Carlos Matera e Isabel Arjona

LA PESADILLA AUTOMÁTICA

Ilustraciones de Matt



ANAYA

Carlos Matera e Isabel Arjona

La PeSADiLLA AUTOMÁTiCA

Ilustraciones de Matt

ANAYA



Nuestro cariñoso agradecimiento a Manuel Sicilia por regalarnos «al pitos y a la metralleta» y por acompañarnos en un tramo del viaje de este largo sueño.

© Del texto: Isabel Arjona y Carlos Matera, 2019
© De las ilustraciones: Carlos Matera (Matt), 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019
Basado en una idea original de Carlos Matera (Matt) © 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Edición digital: 2019
ISBN: 978-84-698-5753-3

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española* publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice



1. La escalera de caracol 5
2. El descubrimiento de Lucil 27
3. La última sopa 39
4. Sueño roto 53
5. Susto suave 77
6. Las tres normas 91
7. Nuevos sueños 111
8. La voz misteriosa 137
9. La premonición 155
10. El barrio de las pesadillas 161
11. El pasaje de las fobias 181
12. El círculo de saliva 191
13. La inspección 205
14. ¿Confías en mí...? 221
15. Luna llena 237
16. Cristales rotos 257
17. Trece velas 267



Capítulo 1

La escalera de caracol

Todo está muy oscuro. Una espesa niebla sube reptando los enormes peldaños de una escalera de caracol hasta alcanzar los pies descalzos de un niño en pijama. Él permanece de pie, inmóvil y confundido sobre uno de los escalones. Esa bruma, fría y húmeda, roza levemente uno de sus tobillos. Siente un escalofrío que sacude su cuerpo poniéndole en alerta, debe salir de allí a toda prisa. Sin pensarlo ni un instante, echa a correr hacia arriba.

A lo lejos, se oye un inquietante coro de voces, un órgano, unas cadenas que se arrastran... El niño tiene miedo. De pronto, unos rotundos pasos hacen temblar la escalera. Vienen de abajo. ¡Se acercan! La planta de sus pies percibe una vibración cada vez más fuerte; sea lo que sea lo que la produce está subiendo y, sin duda, es gigantesco.

Mientras corre, nota que algo toca su pelo. Una bandada de murciélagos revolotea a su alrededor. Él trata de espantarlos agitando los brazos, a la vez que

acelera subiendo ahora los escalones de dos en dos. Casi no puede respirar. Busca su inhalador en uno de sus bolsillos y, al sacarlo mientras corre, se le cae y rueda escaleras abajo. Se detiene. Está sin aire y necesita recuperarlo.

Ya está decidido a bajar por él, cuando ocurre algo que paraliza hasta las gotas de su sudor. Muy cerca, en su nuca, siente una respiración caliente. Se gira poco a poco y se encuentra cara a cara con un inmenso monstruo violeta, con cara de mosca e infinitos ojos, que ruge a dos palmos de su nariz mostrándole su afilada dentadura.

Inmediatamente, el niño despierta en su cama gritando aterrorizado.

Ha sido una pesadilla absurda, sin sentido, que no merecería ningún comentario si no fuera porque esa noche, en su pueblo, todos han tenido el mismo sueño. La peluquera, el policía, el panadero, la florista... En Colina Gris, una minúscula villa perdida en las montañas donde nunca pasa nada, no hay nadie que no haya tenido esa pesadilla... Bueno, nadie



excepto Lucil, una niña de doce años que esa noche no ha dormido. A punto de amanecer, ella sigue trabajando en su cuarto en un proyecto que la ilusiona especialmente. Es una chica muy particular, basta verla para darse cuenta... Su cabellera pelirroja, un amasijo de mechones impeinables que crecen en todas las direcciones posibles, es como un incendio propagándose. El más rebelde de sus rizos le cae sobre la frente y casi oculta su cara. En ella, una infinita constelación de pecas orbita alrededor del único ojo que lleva al descubierto.





Viste una camiseta de colores chillones, con mangas tan largas que por más que se las arremangue nunca le asoman más de un par de dedos. Y unos vaqueros muy grandes y gastados, con muchos bolsillos que siempre lleva llenos de cosas.

Sobre el tablero de dibujo de su habitación, al lado del escritorio, tiene montada una maqueta iluminada por dos flexos, como si fuera un pequeño plató de cine. Sus actores, unos muñecos articulados, interpretan los guiones que ella misma escribe. Los viste, los maquilla y los graba con su móvil, que ha fijado sobre un pequeño trípode frente a la escena. Lucil mueve a los actores y les pone las voces interpretando sus papeles de forma muy apasionada, aunque en voz baja para que no se despierte su familia.

—¿Dónde está mi cuaderno de rodaje? ¿Lo has visto tú, Momo? —le dice a su mascota, un lirón regordete de grandes orejas que duerme plácidamente a un lado de la maqueta, roncando con la boca abierta y repleta de galletas a medio masticar.

Lucil, al no encontrar su cuaderno, recurre a su agenda de mano, su palma izquierda. La tiene tan llena de notas que algunas ya le llegan hasta el codo. Allí, apunta con bolígrafo: «Escena final OK». Al lado de esa nota, lleva escrito: «Repetir escena Momo». En ese momento, su mascota se despierta de un respingo, salta del tablero de dibujo al suelo y empieza a correr por toda la habitación.

—¡Vaya! ¡Por fin te has despertado! Que sepas que por culpa de tus ronquidos he tenido que grabar tres veces la misma escena...

El lirón para de correr; ha encontrado una galleta en la mesita de noche de Lucil. Se lanza sobre ella, la coge y trata de comérsela, pero no le cabe en la boca, aún la lleva llena a rebosar.

Al segundo intento de hacerla entrar, de repente, se vuelve a quedar profundamente dormido, pero esta vez con la galleta fuertemente agarrada con sus patas, como si fuera el volante de un coche de fórmula uno.

—¡Momo! ¿Otra vez? ¡Venga! ¡Solo me queda repetir tu escena! Te has quedado dormido en la mitad tres veces, ¿te acuerdas? Y tengo que acabar... —dice acercándose a él y acariciándolo, mientras repasa otras notas que lleva en la mano. Entre todas ellas, destaca una con letras gordas que pone: «HABLAR CON FRED».

Sus ojos, rojos de sueño, empiezan a cerrarse cuando un pequeño rayo de sol asoma por la ventana y le da de lleno en la cara.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Que no se haga de día! ¡Aún no! —susurra a la vez que baja rápidamente la persia-

na y se mete dentro de la cama—. Una cabezadita..., una cabezadita y ya...

En cuanto su cabeza toca la almohada y se tapa por completo con la sábana, su padre, Sebastián, abre la puerta del cuarto.

—¡Lucil! ¡¿Aún durmiendo?!

La niña se levanta de un salto.

—¡No! ¡Qué va!... Si ya estoy vestida —dice bostezando.

—Adiós, ¡me voy a trabajar! —exclama su padre poniéndose su gorra de cartero y abriendo la puerta de la calle—. Llegarás tarde el último día... ¿Qué tal si sorprendes a los profesores y hoy vas peinada?

—Papá..., sabes que mi pelo es imposible de pein... ¡¿Ya es esta hora?! —exclama Lucil sorprendida al ver su móvil—. ¡Espera! ¡Llévame! ¿Tienes sitio...?

Como un rayo, coge la mochila, el móvil, saca a Momo del cuarto, cierra la puerta, cuelga en ella un cartel con forma de claqueta de cine que dice «PELIGRO, NO PASAR» y sale corriendo a la calle.

Entre cientos de paquetes postales de variadas formas y tamaños, la niña pelirroja consigue hacerse un hueco en la furgoneta del cartero y hasta intenta dar una cabezada sobre un paquete acolchado envuelto en papel burbuja.

—Ahora mismo voy a entregar la mitad, y el resto los repartimos juntos por la tarde, ¿te parece? —le propone su padre entusiasmado.

—¿Qué? ¿Quién? ¡Ah! ¡Sí! ¡Claro! —contesta ella esforzándose por espabilar de una vez por todas.

El tatarabuelo de Lucil fue cartero, su bisabuelo fue cartero, su abuelo fue cartero, su padre es cartero y espera con ilusión el día en que ella se convierta en la primera chica cartera de la familia y de Colina Gris.

Ya en clase, Lucil hace un esfuerzo enorme para no dormirse y escuchar a Lina, la profesora de Ciencias. Una apasionada de la naturaleza. Le fascinan las mariposas; por eso, las lleva siempre en los estampados de sus vestidos. Si está contenta, parlotea sin parar y, a juzgar por lo mucho que está hablando, hoy debe de sentirse rebosante de felicidad. A pesar de su machacona charla y su aguda voz de pito, a Lucil el sueño no le permite aguantar más de tres segundos con los ojos abiertos, pero la vergüenza de que la vean dormida no le deja tenerlos cerrados más de dos. Por eso, solo consigue oír la voz de su profesora intermitentemente.

—Habéis sido muy buenos estudiantes este año... Y no lo digo por ti, Nina... Así que disfrutad del verano...

»... Y desde ese día, no puedo evitar emocionarme cada vez que vuelvo al valle de las mariposas, donde estuve de campamento por primera vez...

»¡Óscar, no! ¡¿Cómo que te vas a pasar las vacaciones durmiendo?! ¡Déjate de siestas! ¡Los sueños son aburridos! ¡Disfrutad del verano bien despiertos!

El estridente timbre del recreo espabila de golpe a Lucil. Ella se mira la palma de la mano: «HABLAR CON FRED».

—¡Tengo que decírselo hoy!

A veces en la vida hay cosas importantes que resulta difícil decir, sobre todo cuando se trata de transmitir sentimientos. A Lucil es lo que más le cuesta. Por eso, ha aplazado esta conversación una y otra vez. Ha apurado hasta el último recreo del último día de la primaria y aún no le ha dicho nada. Ya no es posible esperar más.

—Fred, q-q-quería decirte q-que m-me en-enc-canta est-tar contigo. No m-me v-va a m-molar n-nada n-no v-v-ver-verte c-c-cad-cada d-día en l-los rec-cre-recreos —le dice Lucil, subida sobre la tapa del váter de un compartimento individual del baño, a una foto de Fred que tiene abierta en la pantalla de su móvil.

De pronto, sobre los inodoros de los compartimentos contiguos, dos de sus compañeras de clase, Nina y Cuqui, asomadas por arriba al baño de Lucil, se ponen a hacerle fotos y a grabarla con sus móviles.

—¡Oh! ¡Fred...! —suspira Nina interpretando a una enamorada derretida.

—¡Atención! ¡Tenemos la exclusiva! —exclama Cuqui revisando el vídeo que acaba de grabar y colgándolo de inmediato en internet: «Confesiones sobre el váter. Capítulo 1».

—¡Ja, ja, ja! —ríe Nina—. Creo que me voy a emocionar encima...

Otras sonoras carcajadas se oyen en el baño. Es Greta. Lucil cierra los ojos y respira hondo; sabe lo que se avecina. Greta es la líder de las Fashion Powers, presume de ser la *influencer* del colegio en temas de moda, la que decide qué es lo que mola y lo que no.

Viste de negro de la cabeza a los pies. Su pelo moreno, perfectamente planchado con un flequillo rectísimo, parece una peluca. Se pone pestañas postizas, pero solo en el ojo izquierdo y lleva pintado un lunar bajo el derecho. Dicen que tiene el mismo tipo de su madre, que fue modelo, incluso que usa sus sujetadores, aunque con relleno.

Greta, desde el otro lado de la puerta del compartimento donde está Lucil, le habla imitándola:

—M-m-m-me enc-c-cant-t-t-ta est-t-t-tar cont-t-t-tigo... ¡Jo, Powers! Cuando acabe de declararse, él ya estará casado y con cuatro hijos...

Sus amigas se retuercen de risa. Greta abre la puerta y ve a Lucil de pie sobre el váter con su habitual pelo revuelto y su camiseta de estridentes colores:

—¡Vaya! ¡Si es el Espantapájaros! —le dice haciéndose la sorprendida—. ¿Qué haces tú por aquí? Ah, claro, que te has vuelto a equivocar. Te recuerdo..., Humm..., Cosa Rara, que estás en el baño de las chicas. ¡Ufff! Powers mías, no sé vosotras, pero yo no puedo más... —resopla poniéndose unas enormes gafas de sol—. ¡Jo!..., es que verla tan de cerca daña mis pupilas. Lo mejor será que te quedes ahí escondida —le dice a Lucil cerrando su baño de un portazo.

Ella, enfadada, intenta salir, pero la puerta se ha atrancado por el golpe.

—¡Abridme! —grita con rabia.

—Chicas..., ¿preparadas? —pregunta Greta a sus amigas ignorándola.

Nina echa el pestillo de la puerta de salida del servicio, y Cuqui, rápida como una lagartija, saca su *tablet* de la mochila y la conecta a un pequeño altavoz. Selecciona en su lista de canciones de Lady Gaga la primera, *Bad Romance,* y le da volumen. A continuación, pulsa sobre el icono de la cámara, la pone en modo vídeo y la deja grabando sobre los lavabos, apoyada en la pared. Después, Cuqui y Nina se ponen a la vez unas gafas de sol, iguales a las de Greta, y se colocan en fila tras ella, al fondo del baño.

Aunque las dos Powers son clones exactos de su idolatrada Greta, en lo que respecta a la ropa y al peinado, es fácil diferenciarlas de ella. Cuqui es muy bajita y tiene unos enormes ojos de búho que todo lo examinan. Nina, su polo opuesto; sus ojillos negros, pegados a la nariz, parecen un par de canicas brillantes. Es delgada y tan larguirucha que le saca un par de cabezas a los alumnos de secundaria y a la mayoría de los profesores.

A una señal de Greta, las tres sacan su brillo de labios y se pintan con él. Esperan a que empiece el estribillo de la canción y comienzan a desfilar en paralelo al largo espejo que hay sobre los lavabos, como si fueran modelos en una pasarela de moda. Cada tanto se paran, dan un giro y ponen morritos posando delante de la cámara de la *tablet*.

—¡Ja, ja, ja! —ríen mientras Lucil no para de gritar y golpear la puerta de su baño para que la dejen salir.

—¡Abridme de una vez!



—Parece que hay alguien que se muere por desfilar en el canal de las Fashion... —dice Greta en tono confidencial acercándose a cámara.

—¡Horror! ¡Desfilar con esos trapos, nooo! —exclama Nina fingiendo desmayarse.

—Ya, obvio, Powers..., pero... como pronto se casará... —comenta Greta con mirada cómplice a sus amigas—, ... necesitará un vestido de novia diseñado por...

—¡Las Fashion Powers! —gritan las tres a la vez.

Sin pensarlo dos veces, Greta, Nina y Cuqui cogen todos los rollos de papel higiénico que encuentran y, desde los lavabos contiguos al de Lucil, se asoman otra vez por arriba al de ella y los desenrollan sobre su cabeza, envolviéndola en tiras de papel.

—¡Ay! Ha quedado divina, me parece que voy a llorar —dice Nina a la vez que Cuqui inmortaliza el momento con una foto y la sube a la red: «Novia enrollada». Después, enfoca a Greta.

—Grabando en tres, dos, uno...

Greta se pone más brillo de labios y se arregla el pelo deprisa.

—Queridos seguidores —saluda con una estudiada sonrisa—, hoy otra entrega de nuestra guía de tendencias. Especialmente pensado para vosotras, el tutorial: «Cómo hacerse un traje de novia en diez minutos».

—¡Glamur a tope! —exclama Cuqui a la vez que enfoca a Lucil con su «modelo exclusivo».

De pronto, Lina, la profesora de Ciencias, atraída por la ruidosa música, intenta entrar al servicio de las chicas y forcejea con la puerta.

—¿Qué está pasando ahí dentro? ¡Vamos, abrid!

—¡Madame Butterfly! —murmura Cuqui y apaga rápidamente su *tablet*.

La profesora por fin consigue abrir la puerta dando un fuerte empujón, al mismo tiempo que Lucil logra salir de su compartimento. Las Fashion Powers están escondidas debajo de la bancada de los lavabos. Lina solo ve a Lucil, en medio del baño, cubierta con cientos de metros de papel higiénico, que desde su cabeza se despliegan en todas direcciones. Greta, Nina y Cuqui escapan gateando por la puerta entreabierta sin ser vistas.

—¡LUCIL ALBRI! ¡¿Qué significa esto?!

Mientras la niña aguanta en el baño la regañina de la profesora, Greta y sus amigas en el patio del colegio ya han encontrado a alguien nuevo con quien meterse. Ahora le toca a Tim, el niño tímido que siempre se pasa el recreo sentado en un rincón mirando con anhelo cómo juegan al fútbol otros niños de su edad.

—Oye, no te he visto jugar al fútbol en todo el año. ¿Tan malo eres? —le susurra Greta al oído acercándose por detrás.

—Mira, yo que tú vendría el lunes —le aconseja con sarcasmo Nina—. En el cole ya no habrá nadie, ¿sabes? Quizás así, con la portería vacía, puedas meter un gol.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Cuqui, y agrega—: No te extrañe que venga y lo meta en propia puerta.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Dejadle en paz! —dice Lucil, que acababa de librarse de la reprimenda de la profesora en el servicio.

—¡Mira! Ha llegado la novia del váter... —se burla Greta.

El niño, abochornado, con los ojos llorosos, se levanta y se va a paso acelerado.

—¿Vuestro deporte... es molestar? —pregunta Lucil muy enfadada.

—¿Deporte nosotras? ¿Correr? ¿Sudar? ¡No! ¡Qué horror! Lo nuestro, ya sabes, es la pasarela, ¡ir a la moda! Algo que un mamarracho nunca jamás podría entender... —dice Greta mientras, entre risas, las tres Powers se alejan desfilando y haciéndose selfis.

«¡Esto no va a quedar así!», piensa Lucil, y enrabietada sale corriendo tras ellas. Pero, justo cuando está a punto de alcanzarlas al final del patio, las Fashion terminan su desfile. Nina gira a la izquierda, a la vez que Cuqui y Greta lo hacen a la derecha, deshaciendo la fila frente a la escalera que va a las aulas. A Lucil apenas le da tiempo a frenar su carrera para no darse de cara con Fred, que está allí, sentado en el primer escalón, dibujando en un cuaderno. El chico levanta la vista hacia ella, que roja como cien tomates maduros desvía la mirada, cambia bruscamente de dirección y choca con un profesor que atraviesa el patio en ese momento. Es el señor Rigel, da clase de Astronomía a los alumnos de secundaria. Dicen que se conoce el cielo mejor que cualquier científico de la NASA y que si una estrella faltara una noche allí arriba, él lo notaría enseguida. Camina de modo amortiguado, como si su columna vertebral se estirara y se encogiera a cada paso; por eso, todos le llaman el Muelle. Lucil, que se sabe observada por Fred, improvisa rápidamente.

—¡P-profesor Muell... Ri-Rigel! No quería irme del colegio sin darle las gracias. Este año... Este año sí... he aprendido m-mucho con usted.

—Disculpa..., ¡pero si yo no te he dado nunca clase! —le contesta extrañado.

—... P-pero... ¡¿cómo que no?! ¡Claro que usted me ha dado clase! ¡Y cada día! Solo de verle en el recreo he aprendido a... a... ¡a caminar! ¡Caminar como usted! Tan... tan así..., como un «capitán del espacio» que lo controla todo. ¡Ordenad esas estrellas! —excla-

ma con voz de mando—. ¡Alinead los planetas! ¡Estáis en las nubes!

Lucil habla haciendo aspavientos con los brazos, señalando hacia un sitio y otro, a la vez que también imita su forma de andar. El profesor, con gesto contrariado, mira la hora en su reloj y se va hacia las aulas, escaleras arriba. Ella, por no quedarse sola frente a Fred, le sigue. Pero, al subir muy pegada a la barandilla del lado opuesto a donde está sentado el chico, deseando huir urgentemente de allí, un mechón de su indomable cabellera se engancha en las púas de un rosal que crece junto a la balaustrada.

—¡AYYY! ¡Mi pelo! —grita Lucil al sentir el inesperado tirón que le impide escapar.

Fred, preocupado por ella, se acerca y la ayuda a desenredarse.

—¿Estás bien?

—S-sí, sí..., g-gracias, Fred. Qué s-suerte que estés jus-justo aquí p-para poder ayudarme... —contesta Lucil disimulando y sintiéndose fatal al ver que él, al levantarse a socorrerla, ha dejado caer su cuaderno, desparramándose así un montón de hojas sueltas que llevaba dentro.

—¡Uy! ¡Lo siento, Fred! —dice a la vez que le ayuda a recogerlas.

Él se da mucha prisa en recuperar una hoja en especial, en la que hay dibujado un extraño monstruo violeta.

—¡No pasa nada ¡Achís! ¡Achís! —responde estornudando ruidosamente y, muy apurado, esconde el dibujo dentro de su cuaderno.

Ella le alcanza las otras hojas y, al hacerlo, sin querer, deja ver la palma de su mano donde lleva escrito «HABLAR CON FRED», y la cierra rápidamente.

—Vaya constipado —dice Lucil intentando desviar la atención.

—No... ¡Achís! Constipado, no. Es la alergia..., ¡achís!, ... a las gramíneas.

—Claro, las gramíneas... F-Fred..., q-quería d-decirte... q-q-q-que... ¡qué chulos tus dibujos! —exclama Lucil mientras recogen las últimas hojas. Descubre sorprendida que en todas hay robots dibujados—. Anda..., ¡C3PO y R2-D2!..., Baymax... ¿Este es Robby?

—¡Achís!... ¿Sabes de robots y androides? —pregunta asombrado Fred.

—Bueno..., me mola mogollón el cine y lo que más, las pelis de ciencia ficción...

Al pasar la hoja, ve otros robots muy coloridos que le llaman especialmente la atención.

—Estos no los conozco. ¿En qué película salen?

—¿Película? ¡Qué va! Esos me los he inventado yo...

—¡Jo! ¿Son tuyos? ¿De verdad? Son superchulos...

—Gracias... Me molaría mucho hacer una peli con ellos... ¿Sabes?, estoy haciendo una.

—¿Una peli? ¡Achís! ¿En serio?

—Sí, bueno, de bajo presupuesto, claro... Con mi móvil. En esta no hay robots, pero... —Hace una pausa y se acerca para murmurarle con voz misteriosa—. Hay una criatura espeluznante..., que es Momo, mi lirón disfrazado.

—¡Aaaaaachís! —Estornuda tan fuerte que hasta salpica un poco a Lucil—. Perdona..., ¿que tienes un lirón?

—Sí... —dice la niña limpiándose la mejilla con la manga de su camiseta.

—Cómo mola...

—... Y es muy buen actor, ¿sabes?... Pero es narcoléptico.

—¿Narco... qué? ¡¿Se droga?! —dice Fred abriendo los ojos asombrado y se suena sonoramente la nariz con un pañuelo de papel.

—No, ¡qué va! Momo es muy sano. Bueno, solo es adicto a las galletas. Narcoléptico significa que se duerme a cada rato. Mira —dice Lucil enseñándole las escenas que tiene grabadas en su móvil donde se ve a Momo roncando repentinamente en mitad de su interpretación.

—¡Lucil! ¡Ja, ja, ja! ¡Está genial! ¡Tienes que acabar esta peli!

—¡G-gracias, Fred!... Hay un concurso de cortos en la ciudad. La única condición para participar es tener más de trece años y yo los cumplo justo un día antes de la fecha límite de entrega. ¡La semana próxima! Y no duermo intentando acabarlo.

—¡Achís!... Tienes que participar. Seguro que de mayor serás una directora de cine genial...

—¿Yo? ¡Qué va! Seré cartera de Colina Gris.

—¡Ja, ja, ja! ¡Cof! ¡Cof! —dice Fred atragantándose—. Te estás quedando conmigo, ¿verdad? ¡Cof! ¡Cof! Está claro que lo tuyo es hacer pelis. ¡Cof! ¡Cof!

—... M-mucha gramínea, ¿verdad?

—No. ¡Cof! ¡Cof! Las gramíneas me hacen estornudar. ¡Cof! ¡Cof! La tos es por los ácaros.

—Ah..., los ácaros... F-Fred..., yo quería d-de-decirt-t-t-t...

—¡Cof! ¡Cof! ¿Que vas a participar en el, ¡cof!, concurso? ¡Cof! ¡Cof! ¡Cof!

A Fred le da un ataque de tos y no puede parar. Lucil le da unas palmaditas en la espalda. Cuando parece que ya empieza a remitir la tos, ella vuelve a la carga.

—Oye, F-Fred..., lo q-q-que querí-a... q-q-quería d-d-decirt-t-t... Lo q-q-que quería... que-quería...

Aunque contarle a la cara todo lo que siente por él le hace tartamudear sin parar, está decidida a acabar su frase, sea como sea, y decírselo de una vez. Pero entonces comienza a oírse un extraño pitido intermitente que la interrumpe.

—¡Piii!... ¡Piii!

—Q-quería decirt... q-q-q-q-que... ¿Qué es ese pitido?

—Ah, mi nariz... ¡Piii! ¡Piii! ¡Achís! Me suena así con la alergia cuando la tengo tapada.

—Ah, c-claro..., n-normal...

—¡Achís! ¡Piii! ¡Piii! ¡Cof! ¡Cof! ¿Qué querías decirme? ¡Piiiiii!

—¿Yo? Ah, s-sí c-c-claro... Q-quería d-decirt-te decirte q-que...

—¡Piii! ¡Piii!... ¡Achís!

—Q-que m-me... me enc-cant... me... enc-c-c-c...

—¡Piii! ¡Piii!...

—Me enc-enc-c-c-c...

—¡Piii! ¡Piii!...

—c-c-c-c...

En eso se dan cuenta de que, frente a ellos, están Greta y sus Fashion Powers grabándolos con sus móviles.

—¡Ya los tengo! —dice Cuqui a la vez que escribe en internet: «La metralleta y el pitos. Cita romántica, parte I».

—¡Ja, ja, ja! —ríen las tres alejándose de allí.

Lucil y Fred se quedan solos, y entre ellos se hace un incómodo silencio. No hay una tos, ni un estornudo ni un pitido durante varios segundos, hasta que él no aguanta más y tiene que sacar su inhalador para regularizar su respiración. Ella mira con curiosidad el aparato que el chico se lleva a la boca.

—¡Piii! Es para el asma... ¡Piii! ¡Piii! —dice Fred afligido.

—Fred..., ¿te pasa algo?

—¡Piii! ¡Piii! No..., nada... ¡Piii! ¡Piii! ¡Piii! Bueno, sí...

—Mi madre está preocupada por..., ¡cof, cof!, ¡achís!, ... mi tos y mi alergia. Estoy mucho peor desde que vivimos en Colina Gris... Además, su peluquería no funciona. ¡Piii! ¡Piii! Nadie entiende sus peinados modernos. ¡Achís! ¡Cof! ¡Cof! Por eso, lleva unos días diciéndome que, si todo sigue así, ¡piii!, nos volvemos a la capital... Y yo, ¡piii!, no quiero.

—Vaya... —dice Lucil afectada.

—Y encima esto... —continúa el chico sacando la hoja con el dibujo del monstruo violeta que antes ocultaba, y se la enseña a ella.

—¡Flipo! —exclama Lucil a la vez que saca su móvil de uno de los bolsillos de su pantalón y le hace una foto.

De pronto, Fred comienza a angustiarse y su respiración se agita mucho.

—¡Uy! ¿Te ha molestado que le haya hecho una foto? Lo siento. Soy una tonta. La borro ahora mismo. Es que me ha parecido tan chulo...

—¡No, qué va! —dice y utiliza el inhalador repetidas veces porque le falta el aire—. Este monstruo, ¡piii, piii!, es el que, ¡cof, cof!, apareció en mi pesadilla de anoche.

—Peludo, violeta..., con cara de mosca y... ¿con tantos ojos? —dice Lucil describiendo los detalles de la ilustración—. ¡Guau...! Qué imaginación tienes...

—Me perseguía sin parar por una escalera de caracol... ¡Achís! ¡Piii! ¡Piii! No puedo quitármelo de la cabeza.

—No te preocupes, Fred. No puede hacerte nada, solo es una pesadilla...

—Sí, ya... Pero mi madre ha soñado lo mismo y...

—¿Cómo que tu madre ha soñado lo mismo...? —pregunta la niña sorprendida.

Suena el timbre. El último recreo ha llegado a su fin.

Después de la última clase, Lucil y Fred salen juntos al pasillo y caminan hacia la puerta del colegio. En

los tres minutos que tardan en llegar hasta la salida, la cabeza de Lucil no puede dejar de pensar:

«No queda tiempo, en cuanto lleguemos a la puerta, ¡adiós! Y entonces, ¿qué? Igual no lo veo más. Yo le he contado lo que voy a ser de mayor, pero ¿y él? Él no me lo ha dicho... Puede que ni haga la secundaria aquí. Le gustan los robots, los androides... No dan clase de eso en Colina Gris... Puede que ni en otra ciudad ni país lo enseñen. ¿Y si se va a estudiar a otro planeta? Ya fuera de la Tierra, le dará igual en qué galaxia estar. Quizás acabe lejísimos, puede que al otro lado de un agujero negro donde los mensajes de Whatsapp tarden más de setenta años en llegar. ¡Noo! ¡No puedo pasar tanto tiempo sin decirle lo que siento!».

Llegan a la puerta, el griterío es tremendo. Chicos de todos los cursos se despiden, y sus padres, que han venido a recogerlos, charlan entre ellos.

A Lucil el corazón le va a mil.

«Quizás entre el bullicio sea más fácil decírselo al oído».

Ella se acerca a Fred, pero cuando por fin va a contarle lo que siente por él, repara en que allí, a los lados de la mismísima puerta del colegio, es donde hay más gramíneas. Esas plantas tan bonitas que decoran la entrada y provocan tanta alergia a su amigo. Imposible, no hay nada más difícil que confesar los sentimientos al oído de una persona que estornuda sin parar. El ataque que sufre Fred es tan grande que su madre, que lleva muy mal la dolencia de su hijo, al

verlo en medio de semejante crisis, lo coge de la mano y, despidiéndose rápidamente, se lo lleva de aquel lugar. Lucil no sabe si siquiera ha llegado a decirle adiós. Se queda parada en la puerta viendo como se aleja, mientras que con su pulgar borra con saliva una nota caducada en la palma de su mano...





Capítulo 2

El descubrimiento de Lucil

No quería acabar las clases así. En medio del ensordecedor griterío, Lucil cierra los ojos y oye como los estornudos de Fred se van apagando a medida que él se aleja, hasta que dejan de oírse por completo.

—Tenía que habérselo dicho... —murmura con pesar.

—¡Uy! ¿Qué es eso que no has dicho? —le dice su padre al oído sorprendiéndola por detrás. Él lleva puesto su uniforme de cartero.

—¡Papá! —exclama Lucil ruborizada a la vez que le da un abrazo—. Nada..., que tenía que decirle... algo importante... a una persona y, al final..., no he podido. Pero, bueno, quizás se dé cuenta solo...

—Sabes, Lucil, «Las cartas que no envías nunca llegan». No esperes que los demás adivinen lo que hay aquí dentro —dice señalando su corazón.

Le quita la mochila de la espalda a su hija y, colocándola en el asiento de atrás de su furgoneta, continúa:

—¿Un consejo? Escríbele —le propone el experimentado cartero y, acercándose a su oído, le susurra—: Las cartas no se ponen coloradas.